

Pero la presión del tronco del árbol hizo que el cuerpo se hundiese por un momento.

El hombre que trataba de salvarle, esperó a que saliese a flor de agua para apoderarse de él.

El cuerpo, en efecto, volvió a aparecer; pero cuando el valiente nadador alargó la mano para asirlo, volvió a hundirse para siempre en el fondo del torrente.

Un grito de terror salió de los labios de Inés y de Clotilde, así como de los de Landeta y don Manuel, al ver sepultarse en el fondo de las aguas al desgraciado ser que un momento antes se esperó salvar.

Sólo Duval y Willey sintieron en el corazón el placer de los réprobos.

¡La recta mano de la justicia eterna apuntó un nuevo crimen en el libro de la humanidad, y el mundo contaba entre sus inocentes víctimas un cadáver más!



SEXTA PARTE

CAPITULO I

Un crimen lleva otro crimen

Era cuatro horas después del triste suceso acontecido en el Molino de Flores.

La noche estaba oscura y pavorosa.

Un coche, tirado por cuatro caballos, se dirigía a Texcoco, viniendo del rumbo del Molino de Flores.

Dentro de ese coche iban dos hermosas, tristes y en silencio.

Eran Inés y Clotilde.

Detrás de ese coche marchaban a caballo, y también sin pronunciar palabra, don Emilio, el doctor, Duval y los criados del primero.

En los rostros de todos estaba pintado el dolor, aunque en el corazón de Willey y Duval se albergaba la satisfacción de los condenados.

Don Manuel, el antiguo principal de Núñez, se había quedado en el Molino, con el objeto de que se sacase del torrente al siguiente día el cuerpo del desgraciado que había perecido, y hacer que lo condujesen a Texcoco, para darle digna y honrosa sepultura.

Inés, Clotilde y Landeta, que habían manifestado el mayor empeño porque le salvaran, permanecieron en el sitio de la catástrofe por más de dos horas, con la esperanza de que los criados del Molino que, provistos de hachones de brea y de largos palos, buscaban con éstos en el sitio en que se sumergió el cuerpo, diesen con éste, y sacasen al infeliz ahogado.

Pero todo fué inútil.

La corriente, sin duda, le había llevado más lejos, y después de un trabajo largo y penoso, fué preciso desistir de él, y dejar para el siguiente día el sacar del torrente el cadáver.

Don Emilio, pues, viendo que era inútil permanecer por más tiempo en aquel sitio, se despidió de su amigo don Manuel que, como hemos dicho, se propuso conducir al siguiente día el cadáver de su antiguo y leal dependiente, y tomó el camino de la ciudad, marchando con Willey y Duval detrás del coche en que iban Inés y Clotilde.

Eran como las once de la noche, cuando los silenciosos jinetes descubrieron entre las sombras las blancas torres de Texcoco.

—Triste ha sido la conclusión de nuestro día de campo—dijo don Emilio interrumpiendo el silencio en que hasta entonces habían caminado, y animado por la vista de la ciudad que estaba ya próxima.

—¡Oh!, sí, muy triste —exclamó Duval con hipócrita y conmovido acento—. La muerte de un joven tan recomendable como Núñez, deja una huella profunda en el corazón.

—Yo, por fortuna, le traté muy poco —interrumpió Willey—; y digo por fortuna, porque así, por doloroso que me haya sido su fin trágico, nunca puede haber llegado mi pena, que es profunda, al grado de la que deben sentir los que se honraron con su amistad.

—Es cierto —contestó Landeta—. Sobre todo, quien ha quedado inconsolable, es su antiguo principal, mi amigo don Manuel.

—Como que aun conservaba la esperanza, después de haberle visto sumergirse en el torrente, de que no fuese Núñez el ahogado, y acompañado de los mozos que iban provistos de hachones de brea, y seguido de nosotros, recorrió todos los sitios del Molino, llamándole en alta voz, aunque inútilmente.

—¡Pobre amigo mío! Este triste acontecimiento ha sido para él un golpe terrible.

—Como que su franca fisonomía revela un corazón bondadoso —respondió Duval—. Desde el momento que le vi, me simpatizó su presencia, aunque al mismo tiempo me recordó un acontecimiento desagradable.

—¿Sí? ¿Y cuál?—preguntó Landeta.

Duval, que estaba persuadido de que don Manuel si no le había contado ya a Landeta la escena que tuvo en Tlalpan cuando encontró a su hijo jugando en su casa, se lo

contaría, y queriendo, además, descubrir si la sorpresa de aquel hombre reconocía la causa que él temía, contestó:

—El haber encontrado a su hijo Ernesto en mi casa, poniendo ligeras cantidades al azar de las cartas.

—Sí; era un joven que estaba dominado por la pasión al juego, y que al verse arruinado se quitó la vida.

—Y aunque en esa desgracia no tenga yo la culpa, pues Ernesto jugaba en todas partes, sin embargo, me retraje, durante nuestro paseo, de entrar en conversación con don Manuel, a pesar de la simpatía que hacia él he sentido, por temor de que me guarde algún resentimiento por cosa en que, como he dicho, no tengo la menor culpa.

—Ha hecho usted muy bien en retraerse de hablarle; porque, en efecto, es un hombre que mira con horror el juego y que está mal prevenido contra todos los que tienen casas de banca.

—Yo respeto su dolor y sus ideas.

—Ya ve usted que la pérdida de su hijo le hace disculpable de su prevención hacia los jugadores.

—¿Y viene por mucho tiempo a México?

—Hasta descubrir el paradero de una pobre joven, a quien un amigo suyo ha dejado, al morir, por heredera de sus cantiosos bienes.

—Noble misión es esa por cierto, y muy digna de él.

—Sin duda: Dios se vale de sus buenos hijos para llevar el consuelo a los desgraciados, y a éste le ha elegido para eso, y para volver la honra a su familia, cuyo apellido se ha visto manchado hasta hoy por un malvado.

—¡Cómo!—dijo alarmado Duval.

—Sí, amigo mío; don Manuel ha venido a evitar que siga siendo yo injusto con el hijo de mi antiguo amigo Cabrera.

—¿Será posible?—exclamó Duval palideciendo.

—Sin duda.

—¿Pero está convencido de ello?

—Enteramente; puesto que conoce al verdadero criminal.

—¡Cómo...!—dijo cada vez más demudado Duval.

—Le ha visto.

—¿Dónde?

—En México.

—¿Cuándo?

—Hace aún poco tiempo.

La situación de Duval era cada vez más penosa.

—¿Y le ha dicho a usted quién es?

—No, porque ignora su nombre.

La sangre volvió a circular en las venas de Duval.

—Pero no sabrá dónde vive.

—Tampoco lo sabe aún; pero cree que le será fácil averiguar.

—¡Oh! —pensó Duval para sí—; aún es tiempo de salvarme: ese hombre me ha conocido sin duda, y es preciso que muera. Núñez, acaso le hizo saber mi amenaza con respecto a Ricardo, y esto tal vez le había obligado a guardar silencio con Landeta. ¡Oh!, sí; pero de cualquier manera es preciso que ese hombre deje de existir.

—Bien veo —dijo don Emilio notando el silencio de Duval—, que la aclaración de la inocencia de Cabrera, perjudica a usted con respecto a la correspondencia amorosa que espera usted alcanzar de Clotilde; pero no dude que le será muy satisfactorio saber que el apellido del hombre que, como usted, anhela la mano de mi protegida, se halla, por fortuna, limpio y sin mancha.

—Y no se ha engañado usted, don Emilio. Si yo lamentaba la elección hecha por Clotilde —dijo con refinada hipocresía Duval—, no fué porque dejase de conocer las bellas cualidades que adornan a Leopoldo, sino porque quería evitar a su hija de usted la vergüenza de verse despreciada por la sociedad que creía deshonrada, por un hecho infame, la vida del padre de Leopoldo.

—Así lo he comprendido siempre.

—Pero hoy que usted me asegura que su apellido está libre de toda nota deshonrosa, yo, que no aspiro más que a la felicidad de la mujer que amo, estoy dispuesto a hacer hasta el sacrificio de renunciar a la posesión de su hermosa mano, si cree que uniéndose a Leopoldo alcanzará esa felicidad.

—Ese rasgo le enaltece a usted a mis ojos —exclamó don Emilio admirado—. Pero aun no debe usted renunciar a la esperanza; primero es preciso que don Manuel me haga ver, como espero, que en efecto el padre de Leopoldo no fué el que falsificó las libranzas, y después, que Clotilde, en vista de la constancia de usted, de su generosidad y de su abnegación, haga la elección que juzgue más conveniente.

Al terminar estas palabras, el coche entró en la ciudad, y poco después se detenía en la puerta de la casa de don Emilio.

Duval y Willey se despidieron de las señoras y de Landeta, y se dirigieron a caballo hacia la posada donde estaban alojados.

—¡Oh! Está visto que no he de conseguir la posesión de esa mujer que me desprecia, y a quien adoro a pesar de sus desdenes—exclamó Duval con rabia al verse distante de la casa de Clotilde.

—En efecto; está usted de desgracia. Ya iba todo bien, cuando se ha presentado ese hombre a trastornarlo todo.

—¡Oh!, la fatalidad me persigue. Y el cielo parece que se ha propuesto que tenga Leopoldo un defensor de su honra.

—¡Maldición!

—Apenas ha muerto Núñez, cuando se ha presentado ese anciano; y temo que, si muriese éste, se presentarían otros y otros a declarar la verdad.

—¡La verdad!—dijo Duval sobrecogido de terror.

—¿Y eso qué males le podía traer a usted? ¿que se casase Clotilde con Leopoldo? ¡Gran desgracia! Yo creo que eso, lejos de serle a usted contrario, le sería a usted un bien notable, porque saldríamos de este país, donde pueden descubrir nuestras gracias, irnos a Europa a disfrutar de las riquezas adquiridas, y casarse usted allí con una mujer mucho más hermosa que Clotilde, y sobre todo, que amase a usted.

Pero no era el temor de perder a Clotilde lo que alarmaba en aquel instante a Duval, sino el de ser delatado por el anciano don Manuel, como falsificador.

Habiendo ocultado a Willey aquel pasaje de su historia, para que no exigiese de él la mitad de los bienes que poseía antes de que se asociasen, creía que sólo había un hombre que conociese al autor de aquel crimen: Núñez; pero apenas su corazón empezaba a respirar tranquilo por la escena sangrienta que acababa de tener lugar en el Molino de Flores, cuando se vió amenazado por el mismo peligro que creyó haber conjurado. Había otro hombre que sabía como Núñez su crimen, y este hombre era don Manuel: el mismo a quien había cobrado las libranzas.

Duval se estremeció al considerar en las circunstancias críticas en que se encontraba.

Una palabra cualquiera de don Manuel podía perderle; conducirlo al patíbulo.

Duval se puso pálido y tembló.

Sólo quitando la vida a aquel hombre, podría salvarse.

Pero, ¿cómo?

Willey se había prestado a asesinar a don Felipe y a Núñez, porque de ambos temía él mismo, puesto que el primero sabía el secreto de que falsificaban moneda, y

creía al segundo enterado del mismo asunto, según se lo hizo creer Duval, diciendo que había escuchado la conversación que tuvo con los aliados de la Quinta.

Pero ¿se prestaría a quitar la vida a don Manuel, cuando sólo le consideraba como obstáculo a simples amores?

Duval vaciló por largo rato; pero conociendo que era el único medio que le quedaba para evitar ser descubierto, contestó a las palabras de Willey:

—Conozco, doctor, que tenéis razón; nos interesa, nos conviene salir lo más pronto de este país, donde vivimos en continuo sobresalto; conozco también que en Europa encontraría mujeres tan hermosas como Clotilde, y que me amasen más que ella; pero todo esto que la razón me hace ver, no deja satisfecho al corazón; porque éste no raciocina, sino que siente.

—¿Y dejará de sentir menos, cuando el objeto que usted ama pase a poder de su rival?

—¡Oh!, es que nunca lo permitiré.

—¿Y cómo impedirlo?

—¿Cómo?

—¿No ha dicho ese antiguo principal de Núñez, que Cabrera fué inocente, y que hará ver su inocencia?

—Sí; pero hay un modo de evitar que la pruebe.

—¿Cómo?

—¿No ha oído usted que viene a informarse del paradero de una joven, cuya suerte ignora?

—Sí.

—¿Y no cree usted que enviándole un aviso, acudirá al sitio a donde se le diga que se halla?

—Ciertamente.

—Pues yo pienso enviarle ese recado.

—¿Y después?

—No lo sé; pero no faltarán medios para deshacerse de él. Es el único que puede inspirarme ya temor.

—Sí; porque Núñez no hay miedo de que vuelva a hablar, y don Félix está sentenciado a muerte, y próximo a marchar al patíbulo.

—Si usted, doctor, se quedase aquí un día más, estoy seguro de que ese don Manuel, que tan serios temores me inspira, sucumbiría sin remedio.

—¿Cómo!, ¿otro asesinato más?

—Tal vez.

—Hombre, eso es demasiado: apenas acabamos de librarnos de un enemigo, cuando ya queréis deshaceros de otro.

—Es indispensable.

—Pero dejad pasar siquiera algún tiempo.

Willey no sabía que cada instante era un siglo de temores y de sobresaltos para Duval.

Este sospechaba que don Manuel le había conocido, y que si no reveló el secreto a don Emilio desde el instante, era, sin duda, porque dispuso confiárselo en ocasión en que estuviesen solos y sin testigos.

Por lo mismo, creyó que mientras viviese don Manuel, estaba en peligro de ser denunciado, y resolvió deshacerse de él para no verse aprehendido por la justicia.

Un crimen arrastra al hombre a otro crimen, y Duval que, para ocultar el primero había mandado asesinar a Núñez, se creía en la imprescindible necesidad de cometer un nuevo asesinato.

Willey, viendo que Duval, en vez de contentarle, se había quedado meditando, le preguntó:

—¿Conviene usted conmigo en que se debe dejar pasar algún tiempo?

—Al contrario. Creo que los males se atajan con facilidad atacándolos en el momento que aparecen: dejándolos tomar cuerpo, acaban con la vida del paciente.

—Pero...

—Con la cooperación de usted, alcanzaría lo que anhele.

—Si fuese por cosas importantes en que corriese peligro nuestro pescuezo, como sucedía viviendo don Felipe y Núñez, nunca economizo mis servicios; pero, ¡por amores! ¡por una muchacha que está casi expirante y que desprecia a usted! Vamos, sería una locura que no me perdonaría jamás.

—¿Es decir, que no cuento con su apoyo?

—En ese asunto, no. Además, mis negocios y la hermosa Soledad reclaman mi presencia en México, y tengo dispuesto mi viaje para salir de Texcoco mañana muy temprano.

Duval, conociendo la razón que acompañaba a Willey, y creyendo que él solo bastaba para combinar un plan y terminarlo felizmente, no quiso insistir, y casi arrepentido de haberle invitado, contestó con aparente buen humor:

—No me acordaba de que usted también trata de aprovechar la coyuntura de vencer a una ingrata.

—Cierto.

—Justa es, pues, la observación de usted, y deseo que alcance lo que anhela, tan pronto como se vea al lado de su hechicera y confiada Adela.

—Y yo, que alcance usted hacerse superior a esa pa-

sión mal correspondida, y que deje usted a ese pobre anciano decir cuanto juzgue conveniente.

—Mi resolución está tomada.

—¿Y es?

—No desistir.

—No olvide usted lo que ya le dicho otras veces.

—¿Qué?

—Que una pasión condujo a la muerte a su hermano de usted Picaluga.

—¡Silencio!

—Nadie nos oye.

—Ninguno debe saber que llevo ese apellido.

—Lo sé.

—Porque si alguno lo oyese, me perdería usted y se perdería.

—Lo siento, porque veo que de esa manera se aleja el día de nuestra partida; pero le deseo a usted un pronto y feliz éxito, para que así se realice mi vehemente deseo de abandonar el país.

—Gracias.

Y Willey, acariciando en su mente las más lisonjeras esperanzas de próxima felicidad, y Duval, meditando en la manera de deshacerse de aquel hombre que podía perderle, llegaron a la posada en que estaban alojados.

El doctor, después de encargar al criado que le despertase temprano, se despidió de su socio y compañero de iniquidades, y se ocupó de arreglar algunas cosas para el viaje.

Duval se retiró a su cuarto pensando en la manera más segura de llevar a buen término su inicuo plan.

Por su causa había muerto aquel día un hombre.

Por él estaba próximo a marchar al patíbulo el inocente Félix.

Por él gemía en estrecha prisión Ricardo, el amante de Inés.

Por él se hallaba enferma y sin esperanza de recobrar la salud la amorosa Clotilde.

Por él se veía manchado el apellido de Cabrera, y sin las riquezas que le pertenecían a Leopoldo.

Y por él, en fin, estaba en peligro un hombre honrado, el anciano y bondadoso don Manuel, cuya muerte había proyectado.

Pero nada de esto inquietaba a aquella conciencia endurecida.

Para aquel hombre no había en el mundo más que tres

deseos: poseer a Clotilde, alcanzar riquezas y disfrutarlas sin temor.

Para conseguir esto último, tenía que deshacerse de don Manuel, que podía conocerle, y estaba pensando en los medios de reducirle al más profundo silencio.

De repente, se animó su rostro con una alegría satánica, y pareció satisfecho de una idea que había concebido.

—Sí, sí! —exclamó—; ¡el golpe es seguro!

Y se paseó por su cuarto con aire satisfecho y de triunfo.

¿Cuál era el plan que había concebido?

En otra parte de nuestra historia lo llegaremos a conocer.

CAPITULO II

Polkos y puros

Antes de ocuparnos de esta revolución, conveniente será que demos a conocer las causas que hubo para armar estas fuerzas y el origen de la injusta guerra que trajeron los norte-americanos.

Desde los primeros años de haberse independido México de España, pensaron los gobiernos de Wáshington en la adquisición de Texas, provincia de las más feraces de México, y propusieron la compra de sus terrenos en 1825 y en 1827, aunque sin éxito.

Durante el gobierno virreinal, la provincia de Texas, merced a la previsión, actividad y vigilancia de los gobernadores españoles, que ponían especial esmero en que la inmigración se compusiese de personas honradas y laboriosas, cuidando más de la calidad que de la cantidad de inmigrantes, se mantuvo leal y unida al resto del país; pero tan pronto como se hizo la independencia, el gobierno mexicano, llevado de las más nobles ideas, abrió ampliamente las puertas a la inmigración, y Texas se vió a poco poblado por los colindantes norte-americanos, atraídos por la ventaja que se les proporcionaba; pues además de darles las tierras más feraces, sin remuneración de ninguna clase, se los exceptuaba por diez años del pago de contribuciones y se les concedían otros privilegios que no disfrutaba ninguno de los mexicanos.

Con estas ventajas pronto prosperaron aquellos colonos, y al verse fuertes, y careciendo de todo lazo hacia el resto de la nación, pues ni su idioma ni sus costumbres eran los del resto del país, y no habiéndose sujetado jamás